

Canido y Deglución

Camila Pérez*

Canido

Bajo los inmensos nubarrones grises,
observo la muchedumbre que acosa mis pasos.
Acribillado entre el granito oscuro en la dureza de
sus muros te escucho resoplar, blasfemar y llorar,
pero no me muevo ni te mueves.

Somos una estatua más
en los jardines y en los parques.

Te diré que me confundes, porque te enojas
cuando sales de casa y te topas con un motín para
tus planes y no piensas que esa gente no está allí
por ti.

Es decir, por ti, pero no para que te retrases.
Si no para que mañana y siempre, puedas comer
como la gente y no los gusanos que habitan en tus

* Licenciada en filosofía y letras. Universidad de Nariño.
Correo: camilath59@gmail.com

viandas.

Podría llevarte a antiguos años olvidados y verás
la asonada y los boicots, de la misma gente, pero
con menos miedo.

No llevaban a cuestras el bulto de muertes, que se
fue llenando, ¡hasta que ya no!,
los dejamos tirados en la acera, como alimento
canino.

Deglución

La lengua se unta de la gota que afloro mis entrañas;
de cuerpo, a cuerpo desdoblado. La gota, ¡la gota ha
caído! Voces chillonas se alzan en el deseo de la
interrupción, empujan contra la muralla blanca,
fragmentan la sustancia, multiplicidad que se aferra
a cada flanco, el valor, un ultimátum

La azuzan contra la gruta cavernaria, un ser
estrafalario le espera, híbrido de caracol y oruga,
capullo baboso de curiosidad tanteante; en el
contacto su humedad se evapora dejando sabores
sanguinos y quemados.

Temblor de entraña, intento fallido de expulsión. La
partícula rueda por el tobogán rojo, desemboca en un
pantano, se mezcla con el hedor, desaparece.

La mañana se confunde en lapsos interruptus de color violeta, con tenues destellos de un fluir transparentado por los redobles del redoblante revolucionario resonando en los recovecos rosados de mi rostro, sus olores particulares se desvanecen en estelas ocultas para mi propia nariz.

Puede haber sido viernes o domingo o martes, viejo tiempo, energúmeno animal carroñero, cucarachón de botas pantaneras, con miedo a ser pisado por su propio ejército, no puedo verme ni verte, te has ido ya a otro mundo ajeno a mí, y ni siquiera tu nombre queda.

Porque no sé si te llamas algo así como Marcos o Ernesto, solo encuentro una imagen en el fondo del vaso, por eso lo bebo y lo vuelvo a llenar, quiero alcanzar esos ojos que me miran sonrientes.

Tengo un afán violento por deshacerme de mis entrañas, que te esperan, que te beben y van a parar a las farmacias o a las calles, con los vagabundos y los gatos, que eran mis amigos.

Ahora me rehúyen porque apenas llego les hablo de vos, o de algo que precisamente no sos vos, pero les hablo, desde el dolor de estómago, y digo estómago por no decir otra cosa, porque desde abajo, estamos ya dentro del pozo y juegas a ser dios con tu dedo de percal.

Ya, estaba hablando de tu rostro, sabes, allí está siempre, obligándome a beberlo, sin pasados ni

atrasos, así se me pasa el tiempo en una fiebre
abismal por encontrarlos y que me cuentes de una
puta vez que fue lo que vivimos y porque ya no
encuentro tus pestañas debajo de mi cabecera.

Y lo más puto de todo es que a pesar de no recordar,
más allá de la caricatura obscena que he hecho de tu
cuerpo, te siento, como un huracán que rebela mis
risos con la rueda de tu bicicleta oxidada.